des de las provincias argentinas, dieron un voto público en favor del duque de Orleans. Y es digno de notarse que en esos países, lo mismo que en México, antes de medio siglo había reemplazado al monárquico, el sentimiento republicano.

Desde 1818 el pensamiento de muchos diplomáticos se fijaba en el príncipe de Luca, de la casa Parma, para colocarlo en uno de los tronos de América, y también se fijaba en el Infante D. Francisco de Paula. El marqués de Osmont, embajador de Luis XVIII en Londres, proponía constituir en las provincias argentinas, ya emancipadas, opulentas por la riqueza que distribuye el río Paraná, un reino para el duque de Orleans.

La Restauración se encontró con la lucha entre las colonias españolas y la Metrópoli, sin resolver nada en pro ó en contra, á causa de impedírselo los sucesos de Europa; pero ya en 1823 y 1827, quiso llevar á cabo el establecimiento aquí de una monarquía, sin que esto fuere obstáculo para que entrara Francia en cierto género de relaciones con la República de México.

Habiendo llegado al poder Mr. de Chateaubriand, en esa época, cuando continuaba la ruptura entre la España y la América, le sedujo la perspectiva de nuevas naciones que se levantarían al otro lado de los mares bajo la autoridad de los Borbones; creyendo que estas serían las mejores aspiraciones de España para con sus colonias, cuyo dominio concibió irremisiblemente perdido ante la independencia que acababan de darse, la cual tendría que ser reconocida por necesidad. Entonces, considerando que la monarquía constitucional era preferible á la República en el temperamento de las razas latinas, concibió el proyecto de las monarquías, concordante con las visiones del poeta.

Alucinado con el brillo que su imaginación daba á los miembros de la más antigua familia francesa, gozaba suponiéndolos que reinaban sobre sociedades recién nacidas en bosques vírgenes ó en llanuras inmensas, como sus antepasados habían reinado en otro tiempo en Hungría, en Polonia, en Italia y en España, creía Chateaubriand posible soldar con esas monarquías borbónicas el lazo de unión entre Europa y América, donde resonaban ya las máximas de Monroe; creía poner así el remedio al contagio de las aspiraciones democráticas, que ya refluía con su savia poderosa y su loca espuma sobre el Viejo Continente dominado por los principios conservadores.

Nombrado embajador en Londres Mr. de Chateaubriand el año de 1822, se dirigió á Mr. de Montmorency, ministro de negocios extranjeros, diciéndole: "El Perú acaba de adoptar una Constitución monárquica. La política europea debía cuidar de que se obtuviera un resultado análogo en las colonias que se declaren independientes. Los Estados-Unidos temen notablemente el establecimiento de un Imperio en México." En la mente de Chateaubriand, la ejecución de su proyecto se ligaba á todo un sistema y debía ser tan sólo el resultado de un trabajo de negociación y transacción, pues consideraba aventurado para la Francia, afrontar los azares de una campaña lejana, por una causa que venía á tener para ella un interés relativo. Consideraba más sencilla, más segura, la reunión de un congreso europeo en el que

los representantes de la Metrópoli española, alentados por la Santa Alianza, manifestasen inflexible resistencia, y como los delegados de las colonias eran impulsados por la Inglaterra, á resoluciones extremas, la Francia tendría probabilidades de atraer todos los sufragios en favor de su plan *de pacificación americana*. Para mostrar sus fuerzas ó infundir respeto en el interior y el exterior, la Francia tendría que hacer una expedición. Con estas convicciones se presentó Mr. Chateaubriand en el congreso de Verona, llevando el designio de preparar á los gobiernos europeos para la solución de los negocios de América y apresurar lo más posible la guerra de España. Atribuíase á ese ministro el haber devuelto á Francia la vida y la acción exterior, necesaria á un gran pueblo y que permanecía suspensa después de la Restauración.

Fernando VII, aunque aparecía tutoreado por la Francia, rehusó admitir el arbitraje de la Europa entre España y sus colonias; pero débil y caprichoso, encerrado en Cádiz, había puesto su firma al pie de un decreto de las Cortes, sancionando la erección de Buenos Aires en República, en tanto que los colonos insurrectos, no obstante su legítimo y violento amor por la Independencia, habían conservado el gusto por la monarquía, según acaeció en México con el plan de Iguala.

La diplomacia francesa admitió la posibilidad de monarquías franco-españolas en América, y se debió á los esfuerzos de Chateaubriand, que Fernando VII aceptara la mediación de los principales gobiernos europeos, para conciliar los intereses entre España, sus colonias y los de la misma Europa; buscábase como resultado, establecer monarquías aprovechando la influencia que entonces (1823) ejercía Francia en el ánimo del rey español; pero la obstinación de este monarca y las intrigas de Inglaterra, no permitieron llevar á cabo el proyecto, que parecía terminado al dejar de ser ministro Chateaubriand.

Contra obstáculos pequeños fracasó el pensamiento que ya había salvado muchos; derribado del ministerio Mr. de Chateaubriand, en Enero de 1824, no por un voto de las cámaras ni por el movimiento de la opinión, sino por rivalidades interiores del gabinete, cayó arrastrando consigo todos sus proyectos de monarquías borbónicas en América y del congreso del que ellas pudieran salir pacíficamente, por unánime aquiescencia.

En 1827, Mr. Villele, que había reemplazado á Chateaubriand en el Ministerio, se propuso realizar el plan de Iguala, aconsejado por el marqués Crouy-Chanel. Este fué comisionado para negociar con Fernando VII que fuese emperador de México, D. Francisco de Paula, hermano del rey; el permiso fué negado y aunque el Infante estaba resuelto á partir de España, sin permiso de su hermano, el rey francés Carlos X no quiso insistir en el proyecto contra la voluntad de Fernando VII. El Infante había encargado al citado marqués, que conviniera con las autoridades mexicanas, la concesión de empleos y títulos y que negociara un préstamo y ofreciera al gobierno inglés varias ventajas comerciales, yendo á Londres con poderes del candidato; pero no queriendo mostrarlos previamente á M. Canning, este se negó á recibirlo, y nada se pudo llevar á cabo, siendo de notar que ya estaba nombrado

hasta un ministerio, aceptando empleos varios condes y duques. Estos proyectos coincidieron con la conjuración llamada del padre Arenas en 1827, descubierta en México por la imprudencia con que este invitó á varios generales á unírsele.

Á pesar de los obstáculos acumulados por la Inglaterra, no fué esta el escollo en que naufragaron las proyectadas monarquías borbónicas; no fué ni en Madrid, ni en México, ni aun en Londres, sino en París mismo, en donde naufragó entonces la idea de establecer en América las monarquías borbónicas, á causa de la lucha que sostuvieron los dos personajes más influentes en los consejos de la Restauración. Mr. de Chateaubriand y Mr. Villele, creador éste del crédito de Francia, y presidente del Consejo; el uno pretendía ganarse las colonias por medio de las monarquías, en tanto que el otro pretendía lograrlo disputando ante todo á los ingleses la preponderancia por la baja de las tarifas, y dejaba el pensamiento de las monarquías para cuando las potencias europeas consintieran en unirse á la Francia, y hacerse medianeras entre la España y las colonias; entonces se llamaría un Infante á México, conducido por la escuadra de Brest.

Francia envió en 1823 á los agentes Julián Schwartz y Aquiles de la Mote, para que exploraran la situación de México, y trabajaran por conseguir que se estableciera aquí un Emperador ó Rey de la familia de los Borbones, de la casa reinante en Francia, ó para que celebraran tratados de comercio en caso de fracasar sus proyectos.

Los pensamientos, iniciados en el congreso de Verona, no produjeron resultado alguno, disolviéndose aquella reunión sin dar fin á cosa alguna; la Francia se sintió humillada, por no haber podido expresarse con la debida energía, pues había perdido su autoridad decisiva por la arrogancia de sus proposiciones y por la actitud de su principal plenipotenciario Mr. de Montmorency, que fascinó más allá de lo debido con los sueños de caballería europea, decorados con el nombre de Santa-Alianza; además se oponía á la política de Mr. de Villele, la inercia de los gabinetes, la política siempre dilatoria del príncipe Metternich y la solidaridad indestructible y solapada que unía á los gobiernos de Viena y Londres.

Las monarquías de los Borbones en América, no valían la pena de ensayar nuevas negociaciones, empresa dilatada, sembrada de numerosos y delicados obstáculos; mientras tanto la Inglaterra llegaría á concluir clandestinamente tratados de comercio en que obtuviese enormes privilegios, asunto que impresionaba mucho á Mr. de Villele, y aun llegó este á significar que si la corte de Madrid continuaba ciega y loca, oponiéndose á toda transacción y á todo ensayo de avenimiento, la Francia se consideraría libre de todo compromiso internacional y procedería al reconocimiento de las colonias independientes.

Aunque Francia halagando á España, se abstenía de entrar en francas relaciones con México, hacía de manera que el almirante de la Martinica, como si procediera por sí mismo, enviara cónsules, término medio de resultados nulos. La administración de Carlos X no quiso dar ningún paso que se pudiera interpretar como dirigido á reconocer la nacionalidad de México, ni la de los otros Estados

Victoria I

Reina de Inglaterra, cuando se firmaron en Lóndres los tratados para intervenir á México.

que habían sido colonias españolas; encontrábase en la difícil posición de tener que atender por una parte á los compromisos contraídos con la Santa-Alianza, y por otra á las reclamaciones de sus nacionales, comerciantes en estos países; por tales motivos, siguió el sistema de que sus cónsules y agentes comerciales fueran nombrados por autoridades subalternas, subterfugio inútil que á nada podía conducir, no concediendo el *exequatur* el gobierno mexicano, hasta que los cónsules presentaban sus nombramientos en forma. El primer cónsul, Mr. Alejandro Martin, se adhirió aquí desde luego al partido escocés.

El reconocimiento de las nuevas naciones americanas, verificado al ascender Isabel II al trono de España, pareció poner término á los proyectos de monarquías en América, de los que había sido una prueba evidente la invasión de Barradas á Tampico. Volvió á tener impulso la idea, públicamente sostenida en México desde 1840 por el partido de que era jefe D. José M. Gutiérrez de Estrada, cuando el príncipe Luis Napoleón Bonaparte publicó en 1846 un folleto, con motivo del proyecto de abrir el canal de Nicaragua: se refería á la construcción, en la América Central, de un Estado floreciente y considerable, que restablecería el equilibrio del poder, creando en la América española un nuevo centro de actividad industrial, bastante poderoso para que naciera un gran sentimiento de nacionalidad, y para impedir, sosteniendo á México, nuevas expansiones del lado del Norte. El príncipe, con su imaginación impulsada por grandes deseos y alimentada por bellas esperanzas, veía levantarse sobre algún punto de las riberas americanas, una capital, futura Constantinopla del Nuevo Mundo, más feliz que la del antiguo, cuya admirable posición era objeto de envidia para las grandes potencias de Europa.

El asunto magno para los monarquistas era, desde muy atrás, encontrar un rey y después sostenerlo. Á medida que más se estudiaba, encontraban los franceses que el mejor partido y el más político, consistía en dejar que la España procurara establecer en el trono á uno de sus Infantes, siendo esta nación la que más insistía en restablecer la monarquía aquí ó por lo menos en intervenirnos, alegando ofensas numerosas y serias. Pretendientes no faltaron para la corona vacante, en esta nación que parecía desheredada; oíanse pronunciar los nombres de los más diversos candidatos: Un Brunswick, José Bonaparte después de 1830; constantemente se presentaba para candidato á un Infante de España, y llegó hasta decirse, que al joven y atrevido aventurero francés, Raousset de Boulbon, le había sonreído la idea de ceñirse esa corona.

En 1838 tuvo lugar la expedición francesa mandada por el contra-almirante Baudin. Las causas de la expedición están consignadas en una obra publicada en 1839, por los Sres. Blanchard, Dauzats y Massinen, por orden del gobierno francés; se desprende de ella, que el partido monarquista mexicano impulsó á una guerra para conseguir sus propósitos, usando de los medios que juzgó conducentes para arrastrar á Francia á una intervención armada en México y establecer la monarquía. Francia fué considerada á propósito para llevar á cabo este designio.

Las relaciones entre México y Francia se interrumpieron entonces, y la escuadra francesa al mando del príncipe de Joinville, bombardeó á Ulúa y fué rechazada en Veracruz. El gobierno de Luis Felipe, que había tratado también de intervenir en América, para fundar monarquías borbónicas en México y las otras Repúblicas, con príncipes españoles, no se preocupó en manera alguna de la guerra entre México y los Estados-Unidos, y cuando ese monarca salió para el destierro, flameaba el pabellón de las estrellas en el palacio de los Moctezumas, y eso aun después de la alarma que había introducido en Europa la declaración del presidente Monroe.

El partido monarquista no comprendió ó no quiso reflexionar, en que algunos años después de la Independencia Mexicana, habían variado tanto las condiciones de la Nación, que ya era inoportuno remover combinaciones de esa especie, pues las que fueron colonias de España, modificando cada vez más sus deseos, acabaron por refugiarse unas tras otras en el sistema republicano, aunque con esto viniera el mal de las divisiones interiores y de las intrigas en el extranjero, principalmente por parte de los Estados-Unidos.

Napoleón III vino á poner en práctica el pensamiento de las monarquías en América, aunque modificado, y si la concepción era ya inoportuna, la ejecución fué tímida y desproporcionada á las necesidades y exigencias del objeto á que tendía, á causa de que el emperador francés se condenó á sujetarse al voto de las cámaras legislativas sin haberlas asociado nunca á su pensamiento.

Un puñado de soldados sin medios de trasporte, con órdenes su jefe Mr. de la Gravière para avanzar aun hasta el mismo México; pocos soldados y pocos elementos para cumplir una grande obra, ¿no acusó falta de inteligencia ó gravísimos errores en el jefe del gobierno francés? Dar á la expedición un color de españolismo, enviar por partes el ejército perdiendo el tiempo y dejando que Puebla se fortificara, era un procedimiento que no podía dar por resultado los prodigios que Napoleón III y el partido monárquico esperaban. Para obtener recursos de las cámaras francesas era necesario descubrir el secreto de la empresa, esto es, el establecimiento de un monarca extranjero; y se quiso aparentar que se trataba solamente de una expedición para proteger los derechos de los franceses.

Dos años perdidos por la Francia en tanteos, debían hacer imposible la realización de proyectos que exigían golpes de mano inseparables de la audacia que ha de acompañar á toda aventura, como la que al fin trajo al nuevo trono á Maximiliano, bajo los malos auspicios de tener que depender de los franceses.

Esto le quitaba la fuerza moral que le pudiera dar la adhesión de una parte de la sociedad, ya cansada con cincuenta años de disturbios, y que quería salvar sus intereses y ver un orden estable en la administración pública. ¿Pero cómo había de subsistir un gobierno sin los recursos necesarios, con la impotencia de un déficit perpetuo? En vez de proteger á Maximiliano, la Francia inscribió en su presupuesto las sumas que esperaba le pagaría el nuevo Imperio, al que entregó á empresas usureras con el fin de reembolsarse de los gastos impendidos en tan mal

meditada expedición, para ello levántanse empréstitos franceses con el nombre de México, sin pararse en el interés del dinero. La política de Chateaubriand y los gobiernos que le siguieron parecía haberse cumplido ¿pero á qué precio para las dos Naciones?

II

INGLATERRA.

Se declara protectora de las colonias hispano-americanas.—Contraría el proyecto de las monarquías borbónicas.—Dirige su actividad á establecer relaciones mercantiles.—Obstáculos que oponía Fernando VII.—Disgusto de Luis XVIII.—Exclusión de Inglaterra.—Se niega esta á seguir de acuerdo con Francia y España.—Amenazas.—Se cree un hecho el asunto de las monarquías.—Declaración de Canning reconociendo la Independencia de México.—Préstamo á México y compra de efectos.—Quiebra de las casas prestamistas.—Incremento del comercio inglés en México.

Pretendía la Europa, que el reconocimiento de la independencia de las colonias hispano-americanas quedaría precario y mal asegurado hasta que estuviesen convertidas en monarquías. Inglaterra con su influencia y el patrocinio que acordaba á las facciones más turbulentas en las colonias independientes, hizo contrapeso á los proyectos del resto de la Europa; consideró un brillante negocio para el comercio británico, la pérdida de las colonias sufrida por España en América, y se oponía resueltamente al proyecto de establecer en este continente monarquías borbónicas. Pocos días después de la rendición de Cádiz al duque de Angulema, anunciaba el ministro inglés Mr. Canning al embajador de Francia Mr. Polignac, que la Inglaterra iba á reconocer próximamente á las nuevas repúblicas.

El inolvidable Ministro inglés Mr. Pitt, heredero del odio de sus antecesores á la Francia, fué el que primeramente manifestó el deseo de que las colonias españolas declarasen su independencia, al estallar la revolución francesa. Más tarde lord Canning, al recordar á los cónsules las instrucciones dadas para que ayudasen á la independencia de las colonias españolas por todos los medios posibles, se lisonjeaba de haber llamado un nuevo mundo á la existencia. Inglaterra fué la primera nación europea que reconoció á México independiente, en cambio de un tratado mercantil.

Grande fué en México el efecto que produjo la conducta de Inglaterra. Después de la guerra de España, había crecido la impaciencia del ministro francés, Mr. Villele, quien creía á la Inglaterra deslizándose por medio de tratados de comercio en toda la América emancipada, en tanto que Francia consumía su actividad en conferencias y en protocolos; Mr. Villele aseguraba, que toda la América española habría llegado á formar un mercado inglés, si Mr. Chateaubriand hubiera continuado aun por un año su activa correspondencia con Mr. Canning. Pidió á Fernando VII un decreto, por el cual fuese proclamada la libertad de comercio en